

El diablo en la señorita Steinberg

LOS ÁNGELES/ARIZONA

1973-1974

FRED LINCOLN: Gerry Damiano era un tío divertido. No creo ni que le gustara hacer porno. Pero una cosa sí hay que reconocerle: sabía escribir buenos guiones. Tenía mucho talento. Hizo *El Diablo en la señorita Jones* justo después de *Garganta profunda*.

Y sigo pensando que *El Diablo en la señorita Jones* es probablemente una de las tres mejores películas de la historia del género.

HARRY REEMS: Después de que Gerry pariera algo en un fin de semana, me pidió que leyera el manuscrito completo. «Se lee muy bien, Gerry», le dije. «Lo único es que me suena haber visto el mismo guión antes. O algo muy parecido. Yo también he leído a Jean-Paul Sartre. Esto es una versión apenas velada de *A puerta cerrada*».

«Bueno, ¿y qué esperabas? Lo he escrito en un fin de semana».

Así nació *El Diablo en la señorita Jones*.

GEORGINA SPELVIN: Marc Stevens, Don 26 centímetros, me preguntó: «¿Te apetecería trabajar en una película de Gerry Damiano?».

«¿Quién es Gerry Damiano?», le pregunté.

HARRY REEMS: Además de darme un papel en *El Diablo en la señorita Jones*, Gerry quiso que fuera jefe de producción y que eligiera el reparto; todos los papeles salvo el principal. Ya tenía a su protagonista. O eso creía él. Se llamaba Ronnie.

«Puedo follar y chupar mejor que cualquier otra mujer que se dedique a

esta mierda», le decía a todo el mundo. Pero yo había visto su culo regordete en otra película y sabía que no serviría.

GEORGINA SPELVIN: No tenía ni idea de que *Garganta profunda* hubiera sido una película tan importante y rompedora. Así que cuando Marc Stevens me dijo: «Gerry Damiano es el director de *Garganta profunda*», no me sonaba ni su nombre ni el de la película. Pero entonces Marc dijo: «Está preparando una nueva película y necesita alguien que se encargue del catering». Y yo dije: «¡Genial!».

FRED LINCOLN: Después de *Garganta profunda*, Gerry tuvo algún problema con Butchie Peraino. Porque Gerry hizo *El Diablo en la señorita Jones* con Jimmy Boggis y Herb Nitke; hasta ese momento, estoy bastante seguro de que Butchie había sido el único inversor de Gerry.

GERARD DAMIANO: En un primer momento me correspondía un treinta por ciento de los beneficios de *Garganta profunda*. La recaudación neta fue superior a 100 millones de dólares. Francamente, no quiero entrar en detalles. Digamos únicamente que cobré un total de 15.000 dólares, lo que en aquel momento me pareció el mejor trato que iba a conseguir. Porque no quería que nadie me dijera el tipo de películas que debía rodar. Así que hice un mal negocio. Pero nunca me he arrepentido.

FRED LINCOLN: ¿Gerry afirma haber cobrado únicamente 15.000 dólares? Es posible. Puede que incluso les dijera que se metieran sus 150.000 dólares por el culo. Gerry trabajaba para el mismo tipo que yo, el testaferro de Mickey Zaffarano.

Mickey Zaffarano era el porno. Mickey era uno de los tíos más directos del negocio. Veía tu película y si le gustaba te daba 150.000 dólares. A los demás, tenías que empujarles contra la pared porque sus talones siempre llegaban sin fondos. Yo solía decirles: «¡Eh! No sé tú, pero yo no hago esto para ser un andrajoso. ¡Hago esto para comer! Cuando me das un talón, lo ingreso en el banco y a continuación emito talones para otras personas. Si luego resulta que tu talón no tiene fondos, me jodes todo el proceso. Y no puedes hacerme eso porque entonces tendré que partirme las piernas».

GEORGINA SPELVIN: Un par de días más tarde, fui a la oficina de Gerry para hablar con él sobre el catering de la película. Damiano me dijo el presupuesto del que disponía y, mientras yo intentaba dejar de reír, uno de sus socios dijo: «Fulanito está aquí para leer el papel del señor Abaca».

Gerry se volvió hacia mí y dijo: «Ya que estás aquí, ¿te importaría darle la réplica a este tipo leyendo el papel de la señorita Jones?».

De modo que me senté, leí las frases de la señorita Jones y todo el mundo se quedó mirándome con la boca abierta. Supongo que nunca habían oído a nadie con auténtica experiencia dramática leer un papel de película porno.

FRED LINCOLN: Georgina no era una de las chicas. La habían contratado para que se encargara del catering durante el rodaje. Era mayor, tenía treinta y siete años. Y mucho talento. Linda Lovelace nunca había sido tan atractiva. Georgina tampoco era despampanante pero tenía un presencia muy sensual y carismática.

GEORGINA SPELVIN: Harry me dijo: «Tienes que hacer el papel. Has estado magnífica». Pero los productores y Gerry dijeron: «Pero tiene el pecho plano y casi cuarenta años. ¡Qué quieres hacernos!».

No hará falta que diga que a mí la idea de interpretar un papel protagonista me intrigaba. Mi ego despertó y prácticamente me engulló de un bocado.

HARRY REEMS: Un día a finales de octubre, estaba vaciando calabazas en mi piso e invité a Georgina Spelvin, a la que había conocido un par de días en unas pruebas de pantalla para *El Diablo en la señorita Jones*. Había participado en obras de Broadway y Off-Broadway y se consideraba una actriz legítima.

GEORGINA SPELVIN: Marc Stevens me presentó a Harry Reems. Un par de días más tarde fui a su apartamento y me senté a tallar calabazas de Halloween con él. Resultó que teníamos varios amigos en común en el mundo del teatro.

HARRY REEMS: Mientras estábamos tallando las calabazas, le pregunté a Georgina, como quien no quiere la cosa:

«¿Qué es lo que te gusta, sexualmente hablando?».

«Soy gay», dijo ella.

«¿Alguna vez lo has hecho con un hombre?».

«Con muchos. Estuve casada. Tengo hijos. Ahora me gustan las mujeres».

«¿Podrías hacerlo delante de la cámara con un hombre?»

«Dependería del hombre».

«Si te gustara el tío, ¿qué estarías dispuesta a hacer?».

«Si me gustara el tipo, estaría dispuesta a probarlo todo. El sexo puede ser algo muy hermoso. Con cualquiera de los dos sexos. Incluso con alguien a quien no conozcas».

Me gustó. Era sincera, tenía un buen cuerpo y, fueran cuales fueran sus preferencias, sexualmente sabía lo que se hacía.

GEORGINA SPELVIN: Tuve una relación con una de las otras mujeres que aparecen en *El Diablo en la señorita Jones*. Era lesbiana, al menos cuando yo la conocí. Básicamente, era una estudiante que no sabía ni lo que era. En cierto modo la adopté. Para mí, era como una hija. No me percaté hasta demasiado tarde de que yo era una figura romántica para ella, hasta que pasó a depender terriblemente de mí y a no desprenderse, y no me di cuenta de lo inestable que era. Me preocupaba muchísimo.

HARRY REEMS: «Gerry», le dije al día siguiente, «he encontrado a Miss Jones». Gerry no se quedó muy impresionado con mi candidata... hasta que Georgina se quitó la ropa y vio su maravilloso cuerpo.

Fortuitamente, Ronnie llamó diciendo que se le había inflamado la boca por culpa de la muela del juicio un día o dos antes de que fuera a empezar el rodaje.

«¿Cómo va a hacer mamadas Ronnie con la boca hinchada?», le pregunté a Gerry. Buena pregunta. Gerry arrojó el hilo dental. Ronnie se quedaba fuera y Georgina Spelvin estaba dentro.

GEORGINA SPELVIN: Me tomé el papel muy en serio y estudié el personaje. Me inventé todos sus antecedentes: quién era, de dónde venía, todo lo que le había sucedido. ¡Estaba haciendo *Hedda Gabler*⁷, ja, ja, ja!

El hecho de que hubiera escenas de sexo duro era puramente incidental, en lo que a mí respectaba. Estaba completamente engañada. Me había hecho creer a mí misma que era actriz. Estaba mostrando la vida tal y como era, incluyendo el sexo real, no la versión falsa y edulcorada que mostraba Hollywood. Aquella fue mi *raison d'être* durante todo el rodaje. Estaba bien; yo estaba bien; no era una puta.

GERARD DAMIANO: Haber visto el sexo de manera humorística a través de *Garganta profunda* le dio al público americano el ímpetu que necesitaba para ser lo suficientemente adulto como para tomarse su sexualidad en

7. Obra teatral de Henrik Ibsen.

serio. Por eso usé mi nombre real —*Garganta profunda* la había firmado con el seudónimo Jerry Gerard— y traté *El Diablo en la señorita Jones* como si fuera una película muy seria, porque a mí me parecía que lo era.

FRED LINCOLN: Es una película con emoción; es sencillamente magnífica. Estás viendo a una mujer que, debido a su educación, se ha pasado la vida haciendo lo que les decimos a todas las mujeres que deberían hacer: «No hagas esto hasta que encuentres a la persona adecuada». Bueno, ¿y qué pasa si *no* encuentras a la persona adecuada? Que acabas como la señorita Jones: una solterona.

ANNIE SPRINKLE (ACTRIZ PORNO): Dios para mí era un pene. Me pasé años venerando a los penes. Los veneraba. En serio.

Verás, de joven —Ellen Steinberg era mi nombre— era muy tímida y me daba miedo el sexo. Quiero decir, que era una muchacha muy cerrada. Y aunque mis padres eran bastante abiertos, yo vivía espantada. Me aterrizzaba todo: la menstruación, dar a luz, el sexo, *todo*.

FRED LINCOLN: La señorita Jones es una persona solitaria que nunca ha experimentado el goce de tocar a alguien por el que siente auténtico cariño. ¡Incluso aunque sólo lo sientas por una noche! No hay nada igual en el mundo. Y la pobre es tan desgraciada que se suicida.

ANNIE SPRINKLE: No fui consciente de cómo estaba cambiando mi cuerpo hasta el primer día que nos mudamos del valle de San Fernando a Panamá, y los chavales de Ciudad de Panamá empezaron a gritarme: «¡Eh, guapa! ¡Eh, guapa! ¡Eh, guapa!».

Los chicos del valle de San Fernando nunca habían hecho eso. El valle era como un suburbio cerrado y estirado, sólo para blancos. Panamá era un lugar mucho más abierto, más libre, un paraíso tropical. Sólo que en Panamá el acoso callejero era continuo, lo que a mí me aterrizzaba. Sólo tenía trece años. Seguía siendo una niña, pensando: «¿Por qué hacen esos ruidos esos tíos?». Era inquietante, muy inquietante. Y también muy cruel. Creo que de eso se trataba, precisamente: si no podían tenerte, tenían que torturarte.

FRED LINCOLN: Ves a esta mujer de mediana edad sentada en la bañera que coge una hoja de afeitar y se corta las muñecas.

Luego la ves quedarse ahí sentada, mientras la sangre va manchando el agua. Y dices: «Joooooder, tío».

ANNIE SPRINKLE: Homer fue mi primer novio. Me agarró de la mano mientras estábamos viendo una película en el cine y fue una tortura. Me sentí muy incómoda. Acercó su mano lentamente a la mía y luego me la agarró y fui incapaz de disfrutar de la película. Estaba aterrorizada.

Después, volvió a agarrarme la mano mientras yo estaba sentada junto a mi padre en el coche. Me eché a sudar. No experimenté la más mínima conexión erótica.

GERARD DAMIANO: No hay duda de que a la señorita Jones le estaban pasando cosas horribles y deprimentes. Cuando se suicida, lo sientes. Sabes que está muriendo por culpa de una existencia solitaria.

ANNIE SPRINKLE: Estaba paseando por la calle en Panamá cuando el típico hippie motero —un tipo grande, fornido, musculoso y con barba— paró su moto a mi lado y me preguntó si quería ir a dar una vuelta con él.

Se llamaba Van y sencillamente me pareció de fiar. Van y yo estuvimos juntos cuatro o cinco meses, pero no nos acostamos juntos. Mi familia se estaba preparando para dejar Panamá, así que Van lo organizó de modo que pudiéramos ir a la casa que sus padres tenían en la playa a tomar mescalina.

Fue todo muy psicodélico: arenas centelleantes, una luna fosforescente y preciosa, las estrellas... Estábamos solos en aquella playa tropical, sencillamente preciosa. Fue un auténtico subidón. Y luego volvimos a la casa de sus padres y nos dimos nuestro primer abrazo y nuestro primer beso completamente desnudos. Van se agachó y empezó a lamerme el coño.

Fue muy agradable. Una sensación completamente nueva. Me *encantó*.

FRED LINCOLN: Pero como la señorita Jones se suicida, su alma va al infierno. Y el diablo no sabe qué hacer con ella. ¿Cómo castigas a esta persona que nunca ha hecho nada malo, que no tiene ni pecados ni necesidades?

Como nunca ha hecho nada, no puede echarlo de menos. ¿Cómo castigas a alguien así? Es como coger a un crío que nunca ha salido a la calle y decirle: «Castigado sin salir».

ANNIE SPRINKLE: No jugué con el pene de Van hasta que se montó en su motocicleta para venir a verme desde Panamá a Los Ángeles. La penetración llegó cuando finalmente encontró una casa en el valle. Me quedé, no sé, completamente flipada con su pene. El día después de haber perdido la virginidad, me sentía súper feliz. No fue una pérdida, fue una

ganancia, ¿sabes? Fue una mejora sin lugar a dudas. Una *gran* mejora. Estaba tan alegre que no pude dejar de sonreír durante todo el día.

Van era un artista. Era carpintero ebanista; hacía muebles. Acabamos yéndonos a vivir juntos a una comuna artística de Arizona. Era una persona muy talentosa y creativa. Estábamos enamorados. Pero entonces me entraron ganas de practicar el sexo con más gente.

FRED LINCOLN: Así que la señorita Jones dice: «Si lo hubiera sabido, habría vivido la vida de otro modo».

El diablo pregunta: «¿A qué te referes?».

Ella dice: «Habría hecho todo aquello que me dijeron que no hiciera».

Y el diablo dice: «¿Qué tal si te dejo volver para que las hagas?».

Ella se muestra de acuerdo y conoce a Harry Reems, su instructor.

ANNIE SPRINKLE: Las cosas fueron bien hasta que un tipo de la comuna empezó a coquetear conmigo. Era muy mono; delgadito, larguirucho, joven. Probablemente tendría diecinueve años. Acabé acostándome con él.

Lo hicimos en su furgoneta; hacía mucho calor. Por supuesto, sabía que Van se iba a molestar y que de algún modo me sentiría culpable, pero no pude controlarme. Aquel fue el principio del fin para Van.

FRED LINCOLN: El sexo es muy real porque Georgina no es una jovencita que pueda echar un polvo siempre que le apetezca. Es una pequeña solterona regordeta. De repente, se encuentra con que tiene un tío que se pasa una hora entera comiéndole el coño. Así que se pone como loca.

ANNIE SPRINKLE: No fue una gran ruptura dramática. Sólo le dije a Van: «Creo que no puedo seguir viviendo contigo». Así que alquilé un agujero hippie de una sola habitación por setenta y cinco dólares al mes. Trabajé como señora de la limpieza en un hotel durante dos días y limpié un horno. Luego conseguí un empleo empapelando paredes y durante meses trabajé en diversos proyectos de construcción, donde me follé a todos los tíos de las obras: los instaladores de moquetas me extendían sobre el suelo, los obreros me clavaban contra las paredes...

FRED LINCOLN: Georgina es la única persona real en *El Diablo en la señorita Jones*. Los demás personajes vienen y van. Al menos está el Diablo para enseñarla cosas, pero su personaje es plano, no tiene ningún matiz. Pero con Georgina, puedes ver cómo pasa de ser una solterona a una adicta al sexo. Quiero decir, que realmente ves el cambio.

ANNIE SPRINKLE: Los de la empresa de empapelados me estaban escamoteando el dinero, así que respondí a un anuncio clasificado en el que se ofrecía un empleo en un cine y conseguí que me contrataran como la chica de las palomitas. Era el Cine Plaza Theater, un enorme y precioso cine en el mismo centro de Tucson. Debía de tener unas quinientas butacas. Puede que hubiera sido uno de aquellos viejos teatros de vodevil: tenía ese aire. Por supuesto, yo trabajaba en el turno de noche. Pero no sabía que era un cine X. Por cosas del destino, la primera película que pasaron justo después de contratarme a mí fue *Garganta profunda*. Nunca había oído hablar de ella. Ni yo ni nadie.

HARRY REEMS: Muchas cosas salieron mal durante el proceso de realización de *El Diablo en la señorita Jones*. Perdimos localizaciones. Nos excedimos en días de filmación. Los productores casi se desentendieron de ella a medio hacer. Dos tipos habían invertido 15.000 dólares cada uno para hacer la película. Cuando quedó terminada, uno de ellos, convencido de que iba a ser un fracaso, exigió que alguien comprara su parte.

Pero para aquellos de nosotros que capeamos el temporal, fue uno de los rodajes más extraordinarios de nuestras vidas. Era la primera película importante de Georgina e hizo un trabajo dramático realmente excelente.

ANNIE SPRINKLE: Cuando entré a ver la película, no tenía ni idea de que realmente hubieran filmado a gente practicando el sexo. Había visto el *Playboy* y el *Penthouse*, había leído *Cartas a la prostituta feliz* y *The Sensuous Woman*, pero aquello era todo.

De modo que me quedé pasmada de que estuvieran proyectando *Garganta profunda* en un cine de puertas abiertas, donde cualquiera podía verla. Y sencillamente me enamoré de Linda Lovelace.

GERARD DAMIANO: Hasta *El Diablo en la señorita Jones*, nunca había tenido nada que decirle al público. Si la gente quería entrevistarme por ser director de cine porno, sencillamente no tenía ningún interés en hablar con ellos. Pero si alguien quería hablar conmigo porque dirigía películas, entonces con mucho gusto hablaba con quien fuera.

Sencillamente no me apetecía perder el tiempo hablando con un montón de idiotas superficiales.

ANNIE SPRINKLE: ¿Que si me excité viendo *Garganta profunda*? ¡Joder, sí! ¡Pensé que era lo mejor que había visto en mi vida! La vi probablemente unas diez veces. Linda Lovelace me parecía lo más.

Me encantaba su actitud y su aspecto, y el modo en el que se la metía hasta el fondo de la garganta era sencillamente asombroso.

GERARD DAMIANO: El único motivo por el que la mayoría de mis películas son pornográficas es porque en aquel entonces aquel era el único género en el que podía trabajar un director independiente. Mis películas estaban pensadas para venderse en un mercado específico porque no disponíamos de suficiente dinero como para dirigirnos a ningún otro mercado.

Trabajando con un presupuesto limitado —por debajo de los 25.000 dólares— no podías rodar la gran historia de amor norteamericana. Con ese dinero tenías que limitarte al dormitorio y únicamente de vez en cuando tenías la oportunidad de expresar otra emoción al margen del sexo.

ANNIE SPRINKLE: Cuando la gente me pregunta «¿Cómo entraste en la industria del porno?», yo siempre digo: «De potra, de pura potra».

Dos o tres meses después de haber empezado a trabajar en el cine Plaza, hicieron una redada y lo clausuraron por obscenidad. Acabé trabajando en un salón de masajes. Entonces todos los salones de masajes estaban en pequeñas caravanas. Éste lo llevaba un tipo llamado Zeke, un hippie grande, alto y guapísimo, muy carismático. Me ponía cachonda. Pero no recuerdo si me lo llegué a follar. No puedo acordarme de todos, ¿sabes?

¿Que si pasé de hacer pajas a hacer mamadas y luego a follármelos? No, pasé directamente a follármelos desde el primer día. Oh, y tanto que sí. Me volvía loca por follármelos.

GERARD DAMIANO: *El Diablo en la señorita Jones* surgió básicamente por el mismo motivo que *Garganta profunda*, pero a la inversa. Con el éxito de *Garganta profunda*, hasta el último mono y su hermano se lanzaron a hacer películas eróticas, divertidas y tontorronas. Pensé que si eso era lo que estaban haciendo los demás, había llegado el momento de hacer algo completamente diferente.

ANNIE SPRINKLE: No quería líos románticos. Me gustaba el sexo en estado puro. Ya sabes: un tío, dos tíos, cinco tíos. Nada de mujeres, por aquel entonces; sólo chicos. Como mi madre era tan intensa, no quería relacionarme con mujeres, porque siempre tenía la impresión de estar siendo juzgada por ellas. Mi padre era mucho más dulce, de modo que me sentí más atraída por los hombres. Con los hombres me sentía a salvo. Me sentía muy amenazada por las mujeres, a menos que fueran prostitutas.

Por eso me llevaba bien con las chicas del salón de masajes. Todas eran hippies y algunas incluso prostitutas experimentadas que habían trabajado en Las Vegas, y también moteras y alguna yonqui. Era un ambiente muy hogareño, ¿sabes? Lo pasé muy bien allí. Veneraba y adoraba a todas las chicas. Y me fascinaba la prostitución. Todavía hoy sigue haciéndolo.

FRED LINCOLN: Al final de *El Diablo en la señorita Jones*, la señorita Jones está de vuelta en el infierno. Y está con un tipo —Gerry interpretó el papel— que no se la quiere follar; no quiere ni tocarla; no quiere saber nada de ella. ¡Y ella se desespera! Porque el sexo es lo único que le importa.

ANNIE SPRINKLE: Mi conexión con la pornografía empezó cuando el estado de Arizona intentó declarar obscena *Garganta profunda*. Incautaron la película en 1973 y detuvieron a todos los relacionados con ella. Pasaron seis meses antes de que me hicieran llegar la citación judicial.

No tengo ni idea de cómo me encontraron, pero un día un tipo llamó a mi puerta y me la dio. Era completamente absurdo que me hicieran testificar a mí, que era la que vendía las palomitas en el cine, porque no sabía nada de nada. Pero así es como conocí a Gerard Damiano.

FRED LINCOLN: ¿Quieres hablar con una mujer a la que le gustara el sexo? A Annie Sprinkle le encantaba el sexo, tío. Pero no sabía que Gerry hubiera tenido un rollo con Annie. Incluso cuando Annie tenía dieciocho años, lo del rollo sadomasoquista era cosa suya, no de Gerry.

Annie... buf, era una chiquilla muy traviesa, tío, en serio te lo digo. No sé de dónde le salía todo aquello.

ANNIE SPRINKLE: Había una sala para los testigos en la que nos sentaron a todos a la espera de que nos llegara el turno de declarar. Yo nunca había visto a Gerard Damiano pero alguien me lo presentó como el director de *Garganta profunda*. Me quedé deslumbrada. Me puso cachondísima. Tenía cuarenta y seis años y yo dieciocho. Y era sencillamente encantador: italiano, con un gran sentido del humor. Le adoraba. Lo primero que le dije fue: «¿Me enseñaras a hacer la garganta profunda?».

GERARD DAMIANO: Las únicas personas que merece la pena conocer son aquellas que se toman en serio lo que hacen, más que el individuo normal y corriente. Quizá fuera mi mecanismo de defensa ante lo que estaba haciendo. Si yo no me tomaba a mí mismo en serio, ¿por qué iba a hacerlo ningún otro?

ANNIE SPRINKLE: Salimos a cenar aquella primera noche y luego me acosté con él. Me acosté con Gerard tres o cuatro veces durante el juicio. El sexo fue estupendo. Y creo que yo le resulté interesante; creo que nuestra sensibilidad artística cuajó junto a nuestro mutuo interés por el porno.

ERIC EDWARDS: En aquel entonces yo no conocía a Annie, pero sí conocía a Paula, la novia de Gerard Damiano. Había trabajado con ella. Me encanta ese término: «Trabajar con ella». Todo el mundo lo utiliza en este negocio, ¿sabes?

«Bueno, he trabajado con tal y cual, he trabajado con aquella y he trabajado con la de más allá».

«Oh, ¿quieres decir que te las has follado?».

«Bueno, sí, en resumen es eso».

Vale. Así que «trabajé» con ella en los primeros tiempos de la industria. De hecho, era una de las habituales en las bobinas de 8 milímetros. Y era un encanto, era muy fácil «trabajar con ella». Por eso no supe que Gerry estaba teniendo un rollo con Annie.

De todos modos, nunca he mantenido una relación demasiado estrecha con Gerry.

GLORIA LEONARD: Gerard Damiano era el Fellini o, no sé, el Scorsese del porno. Todos ellos manejan cantidad de simbología católica en sus películas, sugerida o evidente; esa ambigüedad entre el dolor y el placer. En aquel momento yo aún no conocía a Annie Sprinkle, pero Damiano ejemplificó perfectamente todo esto en su gran relación sadomasoquista con ella.

GEORGINA SPELVIN: ¿Que si creo que *El Diablo en la señorita Jones* tiene mucho que ver con la noción católica de la culpabilidad? Por supuesto. Ya sabes, dolor y placer. Es una fina línea la que los separa.

George Carlin fue el que mejor lo expresó: «Los católicos siempre buscan el dolor y yo siempre busco el placer».

GERARD DAMIANO: ¿Que si creo ser personalmente responsable de parte del movimiento de liberación sexual en este país? ¿Por supuesto que soy responsable! ¿Es Linda Lovelace responsable? ¿Es Jamie Gillis responsable? ¿Es Harry Reems responsable?

Todos lo somos, hasta el último mono. Salimos ahí fuera e hicimos cosas que nunca nadie había hecho antes. Y no nos avergonzamos de ello; lo hicimos y encima lo pasamos bien.

ANNIE SPRINKLE: Linda Lovelace y Gerard Damiano se alojaban en el mismo hotel fino de Tucson. Linda se pasaba el día tumbada en bikini al lado de la piscina. Chuck Traynor no andaba por allí. Pero hablé con Linda brevemente y le dije: «¡Oh, Dios, eres mi heroína!».

Se mostró un tanto distante; simpática, pero distante. No le apetecía hablar. Lo que quería era broncearse y que la dejaran en paz. Linda no parecía estar demasiado preocupada por el juicio.

LINDA LOVELACE: ¿Por qué llevarme hasta Tucson, Arizona, para ser testigo de la causa? Nada más que por publicidad. La publicidad para el Gobierno era tremenda en sitios como Kentucky y Arizona. Salía en la portada de los periódicos locales sólo por el mero hecho de estar allí.

ANNIE SPRINKLE: Por supuesto que salieron muchas noticias sobre el juicio. Fue bastante emocionante y creo que me sentí feliz de formar parte de aquello. Verás, en el salón de masajes en el que trabajaba hicieron varias redadas, pero a mí nunca me pillaban. Siempre era mi día libre o algo. Pero en cierto modo deseaba haber estado allí para que me detuvieran también a mí. Sentía como si me hubiera perdido un rito de pasaje.

Pero al fin tuve mi oportunidad de comparecer frente al juez, y con Gerard Damiano, además. Pero él no se quedó mucho tiempo en Tucson, a lo mejor una semana. Luego regresó a Nueva York y mantuvimos el contacto. ¿Que si estaba enamorada? «Encaprichada», diría más bien. Pero sí, iniciamos un tórrido romance. Más o menos un mes después, Gerard tuvo que ir a San Francisco y me envió un billete de avión para que fuera a verlo. Fue entonces cuando se estrenó *El Diablo en la señorita Jones*.

GERARD DAMIANO: Después del estreno de *El Diablo en la señorita Jones*, me llamaron de MGM, porque habían leído varias críticas —y también las cifras de recaudación, debería añadir— y me hicieron una suculenta oferta para que firmara un contrato con ellos. Jim Autrey me envió su limusina y todo, la típica táctica para impresionar. Pero además de hacerme una oferta para que realizara películas bajo sus auspicios, también me dieron una fórmula. Tenía que filmar una película que tuviera al menos una escena hippie y una escena lesbica, entre otras cosas.

Y yo no hago mis películas siguiendo una fórmula. Escribo y dirijo las películas que me apetece hacer dependiendo del tema que me interese en un momento determinado y el modo en el que me vea afectado por él.

MGM no lo entendió, así que la oferta sigue acumulando polvo en mi escritorio... y MGM ya no hace películas.

FRED LINCOLN: Sé que Hollywood acudió a Gerry para ofrecerle hacer algunas películas con ellos, pero a él le dio miedo. ¿Por qué? Sinceramente, no lo sé. *Garganta profunda* recaudó cincuenta y cinco millones de dólares. ¡Si eso no despierta el interés de Hollywood, no sé qué otra cosa lo hará!

Es lo único que les interesa a todos: la pasta.

GEORGINA SPELVIN: *El Diablo en la señorita Jones* es una película bastante existencial, especialmente para ser porno. Creo que ése es el motivo de que recibiera la atención crítica que recibió. Pero como película porno no fue particularmente exitosa. O sea, los tíos salían de ver aquella película sacudiendo la cabeza y diciendo: «¡He venido a cascarme una paja, no a que me hagan pensar!».

ANNIE SPRINKLE: Cuando entré en el negocio del sexo quise un nuevo nombre. Ellen Steinberg no me sonaba lo suficientemente sensual. Estaba una noche tumbada en la cama cuando oí una voz susurrarme con toda claridad al oído: «Annie Sprinkle».

Llevaba ya varios años utilizando ese nombre cuando mi tío Sylvan me envió una foto de una lápida que había encontrado en Baltimore. Sentí un escalofrío. Annie M. Sprinkle había nacido en 1864 y había fallecido con tan solo diecisiete años en 1881. Posteriormente, en uno de mis viajes, conocí a uno de los descendientes de la familia Sprinkle, que confirmó mis sospechas de que Annie se había criado en una comunidad estrictamente religiosa y que nunca había llegado a casarse.

Lo más probable es que falleciera virgen, sin haber tenido nunca la oportunidad de expresar sus deseos y pasiones. Creo que fue su espíritu el que susurró su nombre a mi oído y que ahora ella vive a través de mí todas las experiencias que se le negaron. Me guía y me protege. He llevado flores a su tumba.

Es una bonita historia, ¿no te parece?